

LA MUNECA ORGULLLOSA



COLECCION MARUJITA ^{Nº 80}
AÑO III

La muñeca

orgullosa

BIBLIOTECA NACIONAL
Y DEL ESTABLECIMIENTO

PRINTED IN ARGENTINA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

LA MUÑECA ORGULLOSA



Esmeralda era una muñeca muy linda. Tenía el cabello rubio y rizado, grandes ojos azules que podía abrir y cerrar, sabía andar y, además, su vestido era de seda roja y muy bonito.

Se la regalaron a Lolita el día de su santo y la niña quedó muy complacida. Y como tenía pocos juguetes, la muñeca resultaba el mejor de todos.

—Me gustaría un cochecito para pasearte y una camita para que durmieses—le dijo Lolita a los pocos días de poseer a Esmeralda,—pero como no tengo nada de eso, te haré una cama muy cómoda con una caja de cartón que mamá no usa y aunque el mueble no parezca muy bonito, te servirá muy bien para dormir.

Esmeralda no perdió de vista a la niña mientras iba en busca de la caja y preparaba la cama prometida. La muñeca pensó que tal cama era espantosa y nada apropiada para una muñeca tan bonita como ella.

Pero Lolita que nada sabía y, contrariamente, la su-

ponía gozosa, la metió en aquel lecho improvisado, la cubrió con una sábana y le dijo:

—Bueno, ahora duerme tranquila.

Y se fué.

En cuanto el cuarto de los juguetes estuvo a oscuras, Esmeralda se incorporó. Los juguetes la contemplaban desde el armario y al resplandor de las brasas de la chimenea pudieron ver que estaba en verdad muy enojada. Finalmente, después de un rato, la muñeca saltó de la cama y dió una patadita en el suelo.

—¡Es horrible no tener una buena cama!—exclamó.

—Me marcharé. Soy demasiado muñeca para conformarme con un lecho semejante y con unos compañeros como vosotros,—agregó, dirigiéndose a los demás juguetes.

—¿Qué defectos nos encuentras?—preguntaron éstos, molestos por aquellas palabras.

—Pues que estáis sucios y sois viejos. Tú, osito, mírate. Tienes ya el pelo gastado y te falta un ojo. ¿Y ese conejo? Ha perdido el rabo y cualquiera al verlo, diría que ha estado en la carbonera.

—Bueno—replicó el conejo, sentándose.—Y tú eres una gran señora, ya lo vemos. Pero, ¿ignoras, acaso, que te puedes dar por contenta de haber venido a parar a una casa como ésta y ser propiedad de una niña que te quiere y juega contigo? Merecerías haber caído en manos de una niña que te rompiese en el acto o que te dejase abandonada en un rincón.

—¡Bah!—menospreció Esmeralda. — Sería imposible que me olvidasen. Soy una de las muñecas más finas del mundo. Y es una vergüenza no tener una cama digna de mí. En la tienda en que me vendieron, tenía un lecho con cortinas rojas y sábanas de igual color.

—No seas tonta—le aconsejó el oso mirándola con su único ojo.—Y en fin, si no estás contenta de hallarte en esta agradable habitación y de que Lolita te quiera mucho, puedes marcharte. Te aseguro que nadie te echará de menos.

—Pues me iré—contestó Esmeralda, irritada.—No me costará nada encontrar a alguien que me trate como merezco.

Dicho esto, atravesó la puerta, bajó la escalera y una vez en el jardín, se detuvo a pensar en lo que haría. Se acordó del enorme perro que había visto desde su ventana. Iría a su perrera y le ofrecería quedarse a vivir con él.

En efecto, se encaminó a donde estaba la perrera de Tim, que así se llamaba el can, y, entrando en ella, dió un verdadero susto al animal.

—Soy Esmeralda, la muñeca nueva de Lolita. Por toda cama me ha dado una caja de cartón y por esta causa, he venido a vivir contigo.

—En mi perrera no hay sitio para las muñecas idiotas—respondió el perro, gruñendo.—Lolita es una buena niña y estoy seguro de que si te ha preparado esa cama, es porque no tiene otra mejor. Por consiguiente, vete a tu casa o te morderé por vanidosa.

Y se arrojó contra Esmeralda, arrancándole de una dentellada una parte de su vestido de seda roja.

Ella huyó de la perrera, casi llorando de rabia.

—¡Animal!—pensó.—Iré al gallinero. Estoy segura de que las gallinas me dejarán dormir abrigada por sus cálidas plumas.

Fué a parar al lado de una gallina que estaba echada, abrigando a una docena de pollitos amarillos. Esmeralda la despertó, golpeándole el pico.

—He venido a dormir contigo. Soy la nueva muñeca



ESMERALDA LLEGÓ A LA PERRERA

de Lolita, pero ella me ha dado por toda cama una caja de cartón y yo me he fugado por esto.

—Pues aquí no te quiero. Lolita es una buena niña y estoy segura que ha hecho por ti cuanto ha podido. Has despertado a mis pollitos y además das pruebas de ser tonta y vanidosa, al creer que yo te dejaré dormir aquí.

Y la gallina, para ahuyentarla, picó a Esmeralda, arrancándole un poco de encaje. La muñeca dió un grito y echó a correr a toda prisa.

—Es un ave idiota—sollozó entonces.—Y yo tan tonta, que me figuré que estaría muy satisfecha de tenerme por compañera.

En el cobertizo del jardín y durmiendo en un cesto redondo, estaba el gato. Esmeralda lo oyó y decidió tenderse a su lado, sin despertarlo.

Pero el gato abrió en seguida los ojos sobresaltado y como primer saludo, le clavó las garras.

—¡Oh, suéltame!—chilló Esmeralda.—No soy más que una muñeca.

—Pues ¿a qué has venido y por qué me asustas?—preguntó el gato.—Lolita te ha proporcionado una cama muy agradable y deberías estar durmiendo en ella. Te está muy merecido llevar el traje roto y la cara arañada. Vete, antes de que te arañe de nuevo.

Esmeralda echó a correr a toda prisa y no vió un charco que estaba en su camino.

Se cayó de cabeza a él y encontró el agua excesivamente fría.

—Me vuelvo a mi casa, a acostarme en mi buena cama y en compañía de mis buenos compañeros—sollozó entonces.—He sido una tonta por haber huído.

Volvió al cuarto de los juguetes y todos se quedaron



—NO IMPORTA—DIJO LA NIÑA, DANDOLE
UN ABRAZO

muy extrañados, al verla tan mal parada, llena de arañazos y sucia. Comprendieron que estaba muy triste y en cuanto ella se manifestó arrepentida de su mala conducta, todos la trataron con la mayor bondad.

El osito la ayudó a secarse ante el fuego y el conejito la acostó en su cama.

—Duerme tranquila—le dijeron.—Cuidaremos de ti y,

mañana por la mañana, Lolita te arreglará el traje y te lavará.

En efecto, la niña lo hizo así, aunque tuvo un gran disgusto y sintió extremada sorpresa ante el estado de la muñeca.

—No importa—dijo, dándole un abrazo.—Te arreglaré el traje y, mientras tanto, te sentarás en mi sillita.

La muñeca volvió a sentirse feliz. Desde entonces, cuando algunas veces se siente acometida de su vanidad, los juguetes menean la cabeza y le dicen:

—Eres demasiado fina, Esmeralda, para nosotros. Valdrá más que vayas en busca de la compañía del perro, de las gallinas y del gato.

Entonces la muñeca les pide perdón y se sonroja.

Y a mí no me sorprendería nada que el día de Reyes, Lolita le proporcionase una buena cama. Porque cada día la quiere más.

LAS BOTAS DEL TÍO BOLÍN

El tío Bolín era un geniecillo muy grueso, que vivía en una casita en un extremo del pueblo de Valdeconejos. Y estaba muy grueso, porque comía mucho y comía mucho, ya que el geniecillo de nuestro cuento era muy rico.

A pesar de eso, el tío Bolín se mostraba muy avaro y era incapaz de regalar una sola moneda de cinco céntimos. Si un pobre llamaba a su puerta, le daba con ella en las narices y soltaba el perro. En una palabra, no tenía nada de bueno y en el pueblo no le quería nadie.

El tío Bolín, por otra parte, era uno de los favoritos de Su Alteza, el Príncipe Poderoso, que vivía en un palacio



BOLÍN ENCARGÓ UN TRAJE MAGNÍFICO

inmediato al pueblo. El príncipe quería al tío Bolín porque éste lo adulaba.

—Sois el príncipe más guapo del mundo, Alteza — le decía en todo momento el tío Bolín.—Y también el más poderoso y el más grande de todos.

Todo eso era una mentira, porque el Príncipe Poderoso era un hombre flaco y pequeñito, y en cuanto a su poderío, bastará decir que no sabía siquiera hacerse obedecer de sus criados. Tampoco tenía ningún reino, sino que, simplemente, era dueño del terreno que rodeaba el palacio, y uno y otro no tenían nada de magníficos. Pero aceptaba como verdaderas las palabras de Bolín y solía convidarlo a merendar, para oír sus lisonjas.

El tío Bolín estaba muy ufano de aquella amistad con el Príncipe Poderoso y, por esta causa, no quería tratar a ninguno de los habitantes del pueblo. A ellos, desde lue-

go, no les importaba, porque le consideraban muy antipático y cargante, y, no se recataban de burlarse de él a sus espaldas.

Y en verdad que el tío Bolín se lo merecía, pues al cruzarse con alguien en la calle, tenía la mala costumbre de volver la cabeza para no tener que dar los buenos días. Ahora que los demás le pagaban en la misma moneda.

Un día, el Príncipe Poderoso invitó a comer al geniecillo con él, a la una en punto. Era la primera vez que Su Alteza le hacía tal invitación, de modo que el tío Bolín se alegró mucho de ello.

“Convendrá que me haga un traje y también un sombrero y unos zapatos”, pensó.

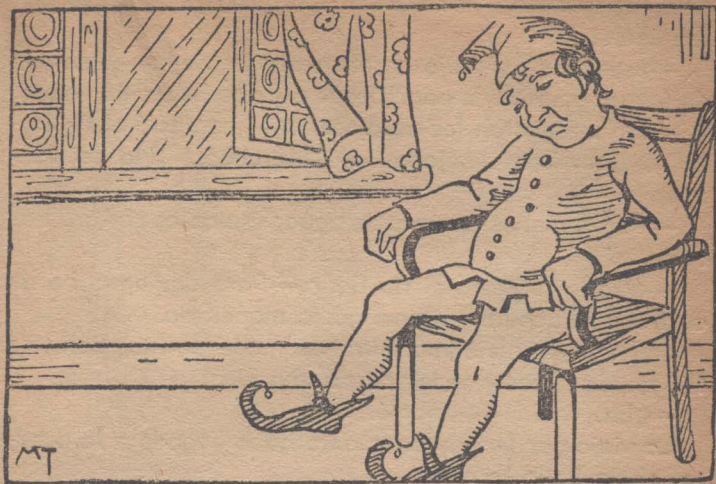
Se dirigió a la sastrería y a la zapatería. En la primera encargó un magnífico traje de seda amarilla con botones de oro y una capa de satén azul. Luego pidió al zapatero unos zapatos azules de punta larga y curva y, finalmente, compró un estupendo sombrero amarillo de siete puntas y adornado con campanillas. Éstas producían un sonido muy agradable, que encantaba al tío Bolín.

—¡Qué elegante estaré!—exclamó en cuanto hubo recibido todos sus encargos.

Y para admirarlos a su gusto los puso encima de la cama y allí los estuvo contemplando cuanto quiso.

—El Príncipe Poderoso tendrá celos de mí—dijo, finalmente.—¡Y vaya si me luciré al atravesar el pueblo, llevando estas prendas nuevas!

Pero al llegar el gran día, tuvo un disgusto horrible. Llovía a cántaros y las calles estaban intransitables. Por todas partes había barro, por lo que el pobre tío Bolín miró, muy triste, sus flamantes zapatos que, desde luego, no habían sido hechos para andar sobre el fango.



SE MIRÓ SUS ZAPATOS NUEVOS

Su esperanza se cumplió, porque, al poco rato, el viento barrió las nubes y salió el sol.

—¡Qué suerte!—exclamó entonces el tío Bolín.—Aunque, de todos modos, no sé qué haré con mis zapatos para no ensuciármelos. Pero ya sé; los llevaré en un paquete y me pondré los viejos.

Pero en cuanto fué en busca de éstos observó que uno de ellos tenía un gran agujero en la suela. Así que no se decidió a ponérselos por miedo a resfriarse.

Cuando estaba meditando, llamaron a la puerta.

“El panadero”, se dijo, mientras iba a abrir.

Pero se equivocó, porque se trataba de una vieja muy extraña, que llevaba un chal descolorido y un sombrero puntiagudo. Además, para que no se le mojasen las faldas, se las había recogido, sujetándolas con alfileres. El

tío Bolín pudo observar que llevaba unas magníficas botas de caucho.

—Buenos días—dijo cortésmente la vieja.—¿Podrías darme un poquito de pan? Desde ayer no he comido nada.

—No me gustan los pordioseros — contestó el tío Bolín, súbitamente enojado. — ¡Marchaos! ¡No os daré nada!

—Por lo menos un vaso de agua; eso no os costará hacerlo.

—¡No!—contestó el tío Bolín.—Para dar agua he de accionar la bomba y no me gusta manejarla.

La vieja se alejó murmurando y, de pronto, Bolín se fijó en sus botas y se le ocurrió una idea.

—¡Eh, venid!—exclamó.

La vieja obedeció y en cuanto hubo llegado a la puerta, el tío Bolín le dijo:

—Os compro esas botas a cambio de un cuarto de pollo y de un vaso de leche.

—No—contestó la anciana.—Me cuestan mucho dinero. Si me las pagáis, os las venderé.

—¿Cuánto valen?—preguntó el avaro geniecillo.

—Diez pesetas—contestó la vieja.

—¡Qué va! — exclamó el tío Bolín, a pesar de que aquel precio era, realmente, muy barato.—¡Qué tontería; ni siquiera valen cinco pesetas! Además, temo que no me vengan bien.

La pobre mujer tenía hambre y deseaba algo que comer.

Así, pues, se quitó las botas e indicó al tío Bolín que se las probase. Como le sentaban a la perfección, el geniecillo empezó a imaginar el modo de quedárselas sin pagar mucho.

—Os daré el cuarto de pollo, el vaso de leche y, para



LA VIEJA REGRESÓ AL OIR SU LLAMADA

que no os vayáis descalza, os regalaré unos zapatos viejos. ¿Conforme? ¡Vaya! Pues para que estéis satisfecha del todo, os pagaré además cincuenta céntimos.

—No, no es bastante — dijo la anciana, enojada. — Dadme nueve pesetas, el pollo, el vaso de leche y los zapatos viejos.

—¿De modo que os atrevéis a discutir conmigo?— preguntó el tío Bolín fingiendo gran enojo.—Voy a soltar el perro, para que os dé un mordisco.

La vieja le dirigió una extraña mirada y el tío Bolín

se echó a temblar pensando que tal vez sería una bruja. Luego se burló de sí mismo y se dirigió a la despensa, de donde tomó un cuarto de pollo asado, una botellita de leche y regresó al vestíbulo. Indicó a la mujer que se calzase sus zapatos viejos y luego le dió cincuenta céntimos.

—Ahora, idos—exclamó.—Os he tratado mejor de lo que merecéis.

—Pues yo quiero recobrar mis botas—contestó la anciana, irritada.—Para nada necesito el cuarto de pollo ni los dos reales. Y en cuanto a estos zapatos viejos, no valen ni siquiera diez céntimos, porque están agujereados.

El tío Bolín le dió entonces un empujón y luego, señalando la perrera donde estaba guarecido su perro, exclamó:

—¡Largaos cuanto antes, o suelto el perro!

La vieja tuvo miedo y se alejó refunfuñando. Al llegar a la puerta, miró hacia atrás con centelleantes ojos, y pareció murmurar algunas palabras confusas. Finalmente salió a la calle.

El tío Bolín ignoraba que aquella mujer había pronunciado unas palabras mágicas.

Por su parte, estaba muy satisfecho con sus nuevas botas de caucho. Así podría atravesar los campos mojados, llevando en su saco sus zapatos nuevos. Cambiaría de calzado antes de llegar al palacio y, de este modo, aparecería ante el Príncipe Poderoso cual si acabase de salir de la caja.

Se puso la chaqueta amarilla, la capa azul, su gorro de siete puntas provisto de campanillas y, por último, colocó los zapatos azules dentro del saco.

De este modo ataviado emprendió su camino al palacio, entonando, al mismo tiempo, una canción y te-



LAS BOTAS LO METIERON EN UN CHARCO DE BARRO

niendo la esperanza de que todos los del pueblo lo verían al pasar.

Pero le ocurrió una cosa rarísima. Al llegar a la puerta de su casa las botas parecieron clavarse en el suelo, impidiéndole dar un solo paso. Un poco después, en cambio, cuando finalmente pudo andar, le obligaron a moverse en todas direcciones forzándolo a meterse en un gran charco, cuya agua fangosa le manchó la chaqueta amarilla. El tío Bolín estaba aterrado. Tenía la certeza de que no quiso ir a parar al charco, pero, no obstante, se vió metido en él.

Algo más lejos, las botas lo sumergieron en una zanja llena de barro negro y al salir de allí el pobre tío Bolín, estaba hecho una lástima.

—Sin duda, estas botas están encantadas—dijo disgustado a más no poder.—Voy a quitármelas antes de que me hagan cometer nuevos estropicios.

Sentóse junto a un poste, pero, por más que hizo, no



EL LABERINT

En este laberinto hay oculta una figura. Hay varias entradas al laberinto, pero sólo una de ellas, después de muchos rodeos, nos llevará al punto de partida sin necesidad de cruzar ninguna línea. Las demás entradas son falsas, pues no tienen salida. Cójase un lápiz y empiécese en una de las entradas. Se trata de hallar un camino a



MISTERIOSO

través del laberinto que lleve a la parte exterior del mismo, saliendo por la abertura de entrada. Cuando se haya seguido el camino verdadero aparecerá marcada con el lápiz la silueta de una figura.

Llénese dicha silueta con lápiz o tinta y tendréis la figura que está oculta.

pudo descalzarse. Parecía como si las botas estuviesen agarradas a sus pies. Y al final hubo de desistir.

—He de volver a casa—murmuró.—Me pondré otro traje, porque éste se ha estropeado. No sé lo que diría el príncipe si fuese a comer con él con un traje tan manchado.

Se puso en pie para ir a su casa, pero las botas tenían otro propósito. Con gran terror del tío Bolín, lo llevaron al huerto de maese Rulos y a la perrera que había allí. El perro se asomó, mostrando los dientes y gruñendo. De pronto, una de las botas, sin que el tío Bolín lo quisiera, le dió un puntapié en el hocico. Entonces el perro se arrojó contra el señor Bolín y, de un mordisco, le arrancó un pedazo de su capa. Luego, y mientras gruñía a las traviesas botas, éstas decidieron alejarse.

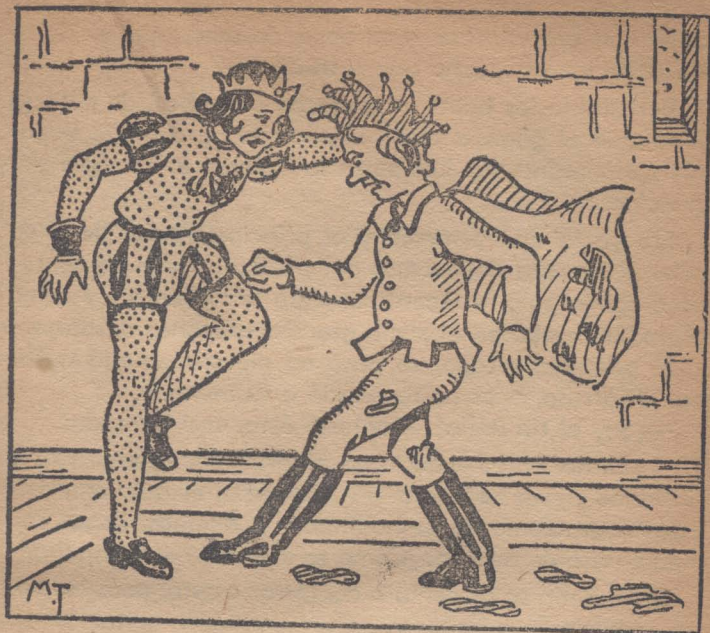
A todo esto, maese Rulos se asomó a la ventana exclamando:

—Lo tenéis muy merecido, tío Bolín, por haber venido a molestar a mi perro.

—¡Malditas botas!—exclamó el tío Bolín.—Si me pudiese deshacer de vosotras, os tiraría a un estanque.

Las botas se divertían de lo lindo. Permanecieron un momento quietas, cual si reflexionaran qué nueva travesura podían hacer y, de repente, echaron a correr hacia la casa del señor Grueso, que estaba próxima. Su dueño se había sentado ante la puerta y el tío Bolín, mal de su grado, vióse obligado a darle dos pisotones. El señor Grueso, que era un gnomo de muy mal genio, se levantó dando un grito y aplicó a su agresor dos sonoras bofetadas. El tío Bolín quiso emprender la fuga, pero las botas le obligaron a permanecer allí.

—No me peguéis así—dijo, apurado, el desventurado



LAS BOTAS DIERON UN PUNTAPIÉ AL PRÍNCIPE
AUNQUE BOLÍN QUERÍA CONTENERLAS

geniecillo.—Mis botas están encantadas y me han obligado a pisaros.

—No me vengáis con cuentos y, si no queréis que os pegue aun más, largaos inmediatamente.

Por fortuna las botas decidieron marcharse y aquella vez tomaron el camino del palacio del Príncipe Poderoso. El tío Bolín se quedó aterrado al ver la dirección que las botas le obligaban a seguir, pues, seguramente, el príncipe se enojaría con él, al ver como iba.

Porque aun cuando las botas se dirigían al palacio, no dejaban por eso de meterse en todos los charcos y barri-

zales que encontraban a su paso, de modo que el pobre tío Bolín estaba hecho una lástima.

Por último las botas atravesaron el umbral de palacio y aunque el guardia quiso impedir el paso al tío Bolín, fué vano su intento. Las botas lo llevaron al comedor del príncipe.

Era ya la una y media y el príncipe estaba lleno de cólera. En vista del retraso del tío Bolín, habíase sentado a comer solo, y repentinamente le vió entrar y cómo al andar dejaba en el suelo grandes manchas de barro.

El príncipe, airado, se puso en pie y preguntó quién era el intruso, pues no reconoció a su invitado.

—¡Soy el tío Bolín!—contestó éste, casi llorando.

—¿El tío Bolín?—exclamó el príncipe, asombrado, y sintiendo crecer su cólera.—¿Cómo te atreves a venir así? Estás negro como un deshollinador y, además, llegas con media hora de retraso. ¿Cómo te atreves a eso, canalla?

El tío Bolín se disponía a contestar a esto, pero las botas se pusieron a bailar y, naturalmente, la agitación del baile impidió al pobre tío Bolín dar las explicaciones necesarias, de modo que el príncipe le observaba ya furioso.

—¡Basta!—exclamó frenético.—¡Quieto! ¡Esto es una falta grave de etiqueta! ¡Llegas tarde, sucio a más no poder y, en vez de dar disculpas, te pones a bailar sobre mi linda alfombra con esas botas tan puercas!

Y entonces sucedió lo peor: como si éstas se enojaran al oír aquel calificativo, pisaron con fuerza uno de los pies del príncipe y luego, no contentas con esto, le dieron un puntapié en la espinilla.

—¡Tío Bolín!! ¿Cómo te has atrevido a eso? Te voy a encerrar en el calabozo. ¿Estás loco?

Pero las botas se seguían divirtiendo en gran manera.



BOLÍN REGALABA CÉNTIMOS A LOS NIÑOS

De pronto saltaron a la mesa y empezaron a bailar entre la vajilla, derribándolo todo a puntapiés.

El geniecillo estaba aterrado, pero no podía evitarlo.

Fué el Príncipe Poderoso quien puso fin a todo aquello, acercándose a la mesa, y dando un puñetazo tan fuerte en el pecho de su invitado, que le mandó rodando, a un rincón.

—¡Oh, no! ¡No hagáis eso!—rogó.—Ya os he dicho que estas botas son las culpables de todo y no yo.

—¡Sí, las botas!—replicó el príncipe.—¡Como si tus piernas no estuviesen dentro!

Y se dirigió al tío Bolín para darle otro puñetazo. Y estaba tan furioso, que incluso hasta las botas se asustaron. Obligaron al tío Bolín a ponerse en pie y luego echaron a correr. Como lo hacían con mucha rapidez, pronto estuvieron lejos del palacio. El príncipe se dio cuenta de que no podía alcanzar al tío Bolín, de modo que, agarrando un puñado de tomates que estaban en la mesa, los arrojó con toda su fuerza contra el desdi-

chado. Los frutos le dieron de lleno en la espalda, donde reventaron, porque estaban muy maduros.

Con esto las botas le obligaron a correr aun más y no disminuyeron el paso hasta hallarse fuera del alcance del príncipe y de sus guardias.

El encantamiento que animaba las botas empezaba a agotarse, pero, sin embargo, aun les quedó lo bastante para atravesar todo el pueblo, entre la rechifla general.

El tío Bolín se sonrojó a más no poder al oír las burlas de que era objeto, y entonces, que habría querido correr, las botas le obligaban a caminar despacio. Por último pudo llegar a su casa y, después de cerrar la puerta a su espalda, se sentó en el recibimiento y contempló las botas. Pudo notar que ya no le sujetaban las piernas.

Probó de quitárselas y lo consiguió sin el menor esfuerzo. Bolín dió un suspiro de alegría, se desnudó y tomó un baño.

Mientras tanto, pensaba:

"El Príncipe Poderoso no me recibirá nunca más y los habitantes de este pueblo se reirán de mí cuando me vean; especialmente después de haberse enterado de todo lo que las botas me obligaron a hacer y comprenderán que la vieja encantó ese raro calzado, a causa de la avaricia con que la traté. Porque no hay duda de que soy avaro—se confesó sinceramente.—Nadie me quiere y, por lo tanto, mejor sería marcharme a donde no me conozcan."

Estuvo un tiempo pensativo, pero luego continuó sus reflexiones diciéndose:

"Pero no; eso sería una cobardía. Más valdrá que me esfuerce en perder mi mal vicio."

Así lo hizo, a pesar de que todo el mundo le señalaba con el dedo y que el Príncipe Poderoso no lo invitó nunca más. Pero el tío Bolín lo pasaba por alto; regalaba

céntimos a los niños, daba huesos a los perros y preparaba platos de leche para los gatos extraviados. Luego, en cuanto volvió a ver a la vieja, le devolvió sus botas y le regaló diez pesetas. No hay que decir cuán sorprendida quedó la buena mujer.

Y ahora el tío Bolín es feliz, porque todos le manifiestan ya la mayor simpatía, olvidados de lo pasado. Y si alguna vez siente el geniecillo la tentación de envanecerse de sí mismo, frunce el ceño y recuerda las botas encantadas.

LA OCA ESCANDALOSA

María y Guillermo tenían una oca blanca, que daba fuertes graznidos. Vivía en un estanque situado en el fondo del jardín y en la orilla tenía una casita, donde dormía por las noches.

Los dos niños estaban entusiasmados con su oca. Se la había regalado la mujer del granjero, cuando aun era muy pequeña, pero había crecido ya mucho y acogía alegremente a sus amigos.

En cambio, al papá de los niños no le gustaba mucho la oca. Decía que graznaba de un modo desagradable y que le despertaba por las mañanas, cuando quería seguir durmiendo.

—¿No podríais enseñarle a que guardase silencio?— preguntó un día enojado.—Por las noches he de trabajar hasta hora avanzada y si esta oca idiota me despierta temprano, ya no puedo volver a dormirme. ¿Por qué demonio graznará así?

—Tal vez porque se siente sola—contestó María.—

Quizá le gustaría tener otra oca que la acompañase, papá. Entonces no graznaría tanto.

—Pues no quiero ninguna más—declaró, enérgico, su padre.—Una oca que grazna, ya basta... dos, sería espantoso.

Los dos niños fueron al encuentro de la oca y le rogaron que no graznase con tanta fuerza, pues su padre se disgustaba. Le hablaron cual si fuera una persona.

La oca ladeó la cabeza, miró a los dos niños y, al parecer, los entendió. Dió dos graznidos suaves y Guillermo observó:

—¡Si siempre lo hicieras así, papá ni te oiría siquiera!

Papá aquella noche trabajó hasta muy tarde. El reloj había dado las doce antes de que terminara. Por último dejó su tarea y se acostó muy fatigado.

A la mañana siguiente la oca empezó a graznar con más fuerza que nunca. Había oído a otra oca, a lo lejos, y se esforzaba en comunicarle su soledad y su deseo de tener una amiga. Papá despertó irritado y ya no pudo reanudar el sueño. A la hora del desayuno habló a los niños, diciéndoles:

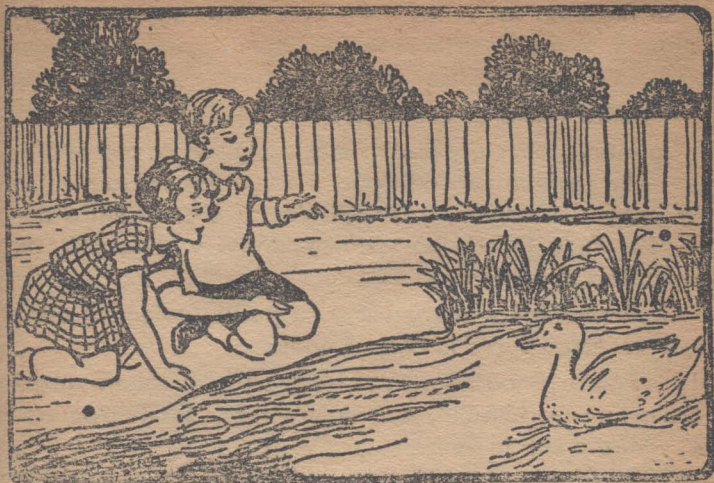
—Lo siento mucho, hijos míos, pero esa oca habrá de desaparecer. El sábado próximo nos la comeremos.

Los dos niños oyeron tan apenados estas palabras, que ni siquiera les quedó ánimo para contestar. ¿Cómo podrían comerse a la oca, a la que tanto querían?

Su mamá, que observó su palidez, comprendió lo que les pasaba.

—No nos comeremos la oca—decidió—sino que la devolveremos a la mujer del granjero.

—¡Pero si ella engorda las ocas para venderlas en Navidad!—sollozó la niña.—Y la nuestra está muy gorda.



—A PAPÁ LE MOLESTAN LOS GRAZNIDOS—LE
DIJERON LOS NIÑOS

—Pues pediremos a la buena mujer que la guarde y no la venda.

—No podrá reconocerla entre las demás—dijo el niño.

—¡Bueno, basta! Mañana la oca saldrá de esta casa.

Los dos niños se quedaron muy apesadumbrados. Pasaron el resto del día junto al estanque, tratando de comunicar a la oca cuán tristes estaban.

Aquella noche, cuando todo estaba a oscuras y todo el mundo en la cama, la oca empezó a graznar con mucha mayor fuerza que en ninguna ocasión anterior.

Los dos niños despertaron al oírla y luego decidieron acudir a su lado, para impedir que siguiera graznando y despertara a su papá.

Se pusieron las batas y las zapatillas, bajaron la escalera y se disponían a salir al jardín, cuando Guillermo contuvo a su hermanita, diciéndole:

—¡Mira hacia el cobertizo, María!...

La niña obedeció y pudo ver que alguien se movía allí.

—Ha entrado un individuo a robar las herramientas del jardín—observó.—¡Aprisa! Vamos a decírselo a papá. Sin duda la oca ha visto al ladrón y, asustada, ha empezado a graznar.

Guillermo fué a despertar a su padre, quien, al abrir los ojos, como oyera la oca, se enojó.

—¡Papá! ¡Papá!—gritó el niño.—¡En el cobertizo del jardín hay un hombre, que quiere robar las herramientas! Míralo por la ventana.

Papá se asomó por donde le decían para mirar al jardín y, a la luz de la luna, vió a un hombre dentro del cobertizo. En el acto descolgó el receptor telefónico y llamó a la policía diciendo que mandasen a un guardia para prender al ladrón.

Mientras tanto la oca seguía graznando con toda su fuerza. Papá y los dos niños bajaron despacio al jardín y, a los pocos instantes, pudieron ver a un policía que llegaba montado en una bicicleta. El guardia penetró en el jardín sin hacer ruido y, a los pocos instantes, había detenido al ladrón.

Aquella noche fué muy emocionante. En cuanto el ladrón fué trasladado a la cárcel, mamá ofreció servir una taza de cacao a todos, antes de acostarse nuevamente, y la familia se reunió en el estudio, para tomar aquella ligera colación.

—¿Cómo se os ocurrió la idea de vigilar el cobertizo?—preguntó papá.



—MIRA AL COBERTIZO DEL JARDÍN —
MURMURÓ GUILLERMO

—Porque la oca lo oyó y nos despertó con sus graznidos—respondió la niña.

—Es preciso reconocer — declaró entonces el papá — que, con su vigilancia, me ha evitado una pérdida importante. Creo, por consiguiente, que convendría conservarla en casa. ¿Qué os parece?



—¡CARAMBA!—DIJO PAPÁ—ME HA EVITADO
UNA PÉRDIDA IMPORTANTE

—¡Muy bien, papá!—exclamaron los dos niños entusiasmados.

—Y además, le compraré una compañera, para que no esté sola—añadió su padre.—Quizá entonces graznará menos.

¡Qué bien! En efecto, al día siguiente, papá fué a la granja y compró otra oca. La puso en el estanque y, poco después, las dos ocas habían trabado una estrecha amistad.

Y los dos niños acertaron en su idea, porque por las mañanas ninguna de las dos ocas graznaba ya y no despertaban a papá. Y ellos estaban entusiasmados y referían por doquier la historia de lo ocurrido.

EL GIGANTE QUE GRITABA ¡BU!

Hace ya mucho tiempo vivía en un espeso bosque un número considerable de duendecillos y un gigante de talla regular. Éste se llamaba Bu y era muy molesto para todo el mundo.

Tenía la mala costumbre de esconderse entre los árboles y asustaba a los duendecillos, gritándoles: ¡Bu! al pasar. De esta exclamación le venía su raro nombre.

Los duendecillos estaban muy disgustados por esta causa y un día decidieron celebrar una reunión para hablar del particular. Y Gatín, el más diminuto de todos, convocó la reunión y a ella invitaron también a Bu. Sentáronse en círculo y Gatín dijo:

—Esta reunión, Bu, se celebra por tu causa. Eres muy molesto y tienes la mala costumbre de asustarnos. ¿Me oyes?

—Desde luego—contestó el gigante—pero no me propongo hacerte ningún caso. En adelante pienso seguir haciendo lo que me venga en gana.

Gatín, muy irritado, se dirigió a Bu, gritando:

—¡Basta de risa! Si no prometes abandonar tu fea costumbre, te obligaré a ello.

—¿De veras?—contestó Bu con acento desdeñoso.

—¡Sí!

—¿Cómo lo harás? Dínoslo, Gatín.

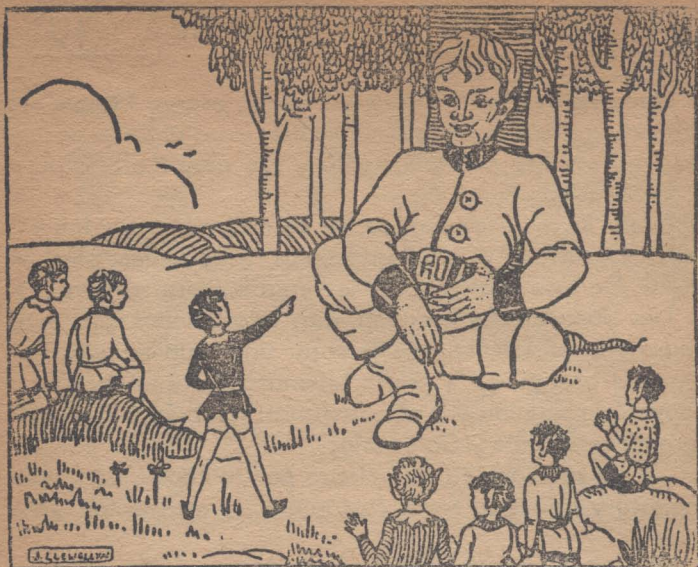
Éste guardó silencio unos instantes y exclamó:

—Si Bu no promete abandonar su fea costumbre, le coserán la boca.

—¡Buena idea!—exclamaron todos aplaudiendo.

—Sí, pero no lo creo. Ninguno de vosotros se atreverá a eso. Vamos a ver ¿quién será el valiente?

Todos se quedaron silenciosos y asustados.



—¡BU!—DIJO SEÑALANDO AL GIGANTE.—POR TU CAUSA SE HA CONVOCADO ESTA REUNIÓN

—¡Que lo haga Gatín!—exclamó, de pronto, un duendecillo.—Él es el autor de la idea.

—¡No!—contestó el interpelado.—¡Que se encargue otro de realizar mi proyecto!

—Porque tienes miedo. ¡Cobarde! ¡Cobarde!—gritaron los demás.

—Os equivocáis—contestó Gatín.—Soy muy capaz de hacerlo. Lo malo es que no tengo una aguja bastante grande para eso.

Los demás duendecillos echaron a correr y, a los pocos instantes, volvieron llevando una púa de erizo. Hicieron en un extremo un agujero para pasar el hilo y ofrecieron a Gatín aquella aguja improvisada.



—BUENO—DIJO GATÍN.—¿QUIÉN ME ACOMPAÑA?

—No tengo tampoco hilo suficiente.

—Yo tengo en mi casa—declaró uno de los duendecillos.—Voy a buscarlo.

A poco regresó con un ovillo de cordel.

—¡Vamos!—dijo el gigante, en tono amenazador.—Ahora ya puedes coserme la boca.

Gatín palideció y tras un momento de cavilación se excusó de nuevo:

—Como es tan grande, necesito una escalera.

—Yo te la traeré—saltó otro duendecillo.

Y, en efecto, a poco regresó con la escalera, la apoyó contra Bu y Gatín no tuvo más remedio que empezar a subir. Pero al llegar a la mitad, se volvió diciendo:

—Necesito que alguien me acompañe para sujetar la cabeza del gigante, mientras yo le coso la boca.

Nadie le contestó.

—¿No quiere acompañarme nadie?—exclamó Gatín.

—Ya que demuestro ser lo bastante valiente para coser la boca del gigante, ¿quién me ayudará?

Ninguno le contestó y, además, todos echaron a correr ante el peligro que los amenazaba.

—¡Caramba!—exclamó Gatín en voz bastante alta para que lo oyesen sus compañeros—me parece que yo solo no podré coser la boca de Bu. Bueno, por esta vez te has salvado de milagro—añadió volviéndose al gigante.

—¿No crees que soy muy valiente?

—Valiente no, pero sí muy listo—contestó Bu, poniéndose en pie.—En adelante prometo no asustarte, aunque seguiré haciéndolo con todos los demás.

Y, en efecto, cumplió su palabra, de modo que todos los duendecillos, menos Gatín, recibían cada susto que les ponía los pelos de punta.

Y lo tenían muy merecido, ¿no os parece?

CUADERNOS DE DIBUJO



Nuevas series con numerosas láminas para colorear, obras de expertos dibujantes, con hermosos modelos en colores. Todos los cuadernos contienen detalladas instrucciones sobre cómo debe pintares y combinarse los colores, para facilitar el trabajo de los niños.

Nos. 39 al 42—Serie “Marujita”	\$ 0.15
„ 43 „ 46—Serie “Historia y Leyenda”	„ 0.20
„ 47 „ 50—Serie “Mis primeros Cuentos”	„ 0.40
Nº 51—El pato bromista	„ 0.50
„ 52—Isidoro halla un tesoro	„ 0.50
„ 53—El sueño de Periquín	„ 0.50
„ 54—Don Hipo en Cerdilandia	„ 0.50
„ 55—María la perezosa	„ 0.50
„ 56—El zorro bandido	„ 0.50
„ 57—El columpio	„ 0.50
Nos. 58 al 61—Serie “Aventuras”	„ 0.70
„ 62 „ 63—Serie “Cuentos Clásicos”	„ 1.—

Pídalos en kioscos y librerías y si no los encuentra, solicítelos enviando su importe en giro postal o estampillas :

MIGUELETES 1023

BUENOS AIRES



SC
LIT
C-MA
76